



El vuelo de la mosca

La mosca negra vuela débilmente sobre el techo de la casa; está muriendo de frío y de hambre. El sol empieza a ocultarse en el horizonte. Si la mosca no halla comida y refugio, esta noche estará muerta.

Al entrar a su casa, el soldado envuelve a su esposa en un abrazo; la besa en la frente, la mejilla y la boca. Después la toma de las manos y cuando mira sus grandes ojos azules, por un momento olvida los horrores de la guerra. La mujer tiene la boca entreabierta y una indescifrable cara de asombro. El soldado, una vez más, abraza a su esposa y ella permanece inmóvil. Ahora están sentados frente a frente en el comedor. El soldado come deprisa el segundo plato de sopa tibia. Ella lo mira sin decir nada. Cuando él termina mueve el plato hacia un lado y bajo la luz de la lámpara, se pierde en la imagen de su ángel como le gusta llamarla; en el pelo rubio que brilla como el oro, en los labios carnosos, en lo bella que luce aún sin maquillaje y con ropa barata. Piensa en las veces que estuvo cerca de la muerte y cómo la imagen de su esposa lo impulsaba a no darse por vencido. La mujer se frota nerviosamente las manos, se levanta de la silla y se vuelve a sentar.

—Creí... creí que no ibas a volver. Casi un año sin saber de ti, ni siquiera una carta o una llamada—. Sus ojos se inundan de lágrimas.

—Te prometí que volvería. Imagino lo que sentiste pero era imposible comunicarme; fuimos capturados y... Quisiera no hablar de eso, por favor. Está bien, preciosa, ya estoy aquí.

—Lo siento, perdóname. —La mujer esconde la cara entre las manos negando con la cabeza—. No está bien, ya nada está bien —murmura al borde del llanto.

El soldado se inclina hacia ella en tono cariñoso.

—¿Qué dices? Todo está bien, amor; ya no tienes de que preocuparte. ¿Y qué le pasó a tu anillo?, no se te habrá caído al inodoro —bromea cambiando de tema.

La esposa levanta la cara y al ver frente a ella al buen hombre del que un día se enamoró, siente una sofocante presión en el pecho. Cierra los ojos, y recuerda con culpa el día que dejó de extrañar a su marido; se encontraba desnuda en su cama, quitándose el anillo de matrimonio y sepultándolo en el cajón de la mesita de noche, para luego volver con una sonrisa a los brazos de su amante. Cuando abre los ojos brotan lágrimas.

—Ya no puedo más. Debo confesarte que —se interrumpe y traga saliva— he dormido con Alex. Lo siento, de verdad lo siento mucho. —Luego cae en un llanto incontrolable.

—¿El vecino? —murmura el soldado sintiendo la sangre hervir por sus venas. Sin ser consiente golpea la mesa tan fuerte que se agrieta la madera. La mujer pega un salto y sigue excusándose con voz apenas inteligible por el llanto.

Después de unos segundos —Tranquila, preciosa —suelta por fin—. Lo solucionaremos, como siempre. Ven aquí, dame un abrazo.

La mosca baja del techo y logra entrar por la ventana semiabierta de la casa. Recorre volando la cocina, donde el aire es caliente; sube hasta la luz cegadora de una lámpara, y luego baja rozando la lágrima que cae por la mejilla de un hombre; con el zumbido de sus alas continúa su vuelo por el brazo extendido del hombre; pasa a través del humo gris que sale de la pistola, luego desciende hasta el suelo para beber, golosa, del río de sangre que expulsa la frente de una bella mujer rubia.